

Carlos Préndez Saldías.

DE LOS CERROS

GARUA. Incolora, menuda, cae sobre los cerros verdequeantes, haciendo pardos los senderos blanquecinos, una garúa que refresca. Tan débil es, y tan acariciadora, que los pájaros siguen su vuelo sin destino, persiguiéndose y cantando en una alocada ronda sin fin.

El rebaño de cabras bordea las peñas del barranco, trepando siempre, y el niño pastor que lo sigue hace girar entre los dedos una fina rama de membrillo, mientras silba y silba los aires querendones de una canción lugareña.

Toman el camino de la vertiente dos mozas que llevan sus cántaros al agua y cortan, sin detenerse, las florecillas que azulean, para arrojárselas una y otra a la cara, entre risas y pasos esquivadores.

A la puerta de la cabaña que me acoge, sobre la colina verde de sauces y de acacias, miro este paisaje que amanece, y me duele en el corazón la inútil aspereza de la vida ciudadana.

Aguilas. Tres águilas caudales echan la sombra de sus alas extendidas sobre el pequeño valle que apenas tiene sol.

Recogen su vuelo las lloicas y los gorriones, temerosos de ser cogidos entre las garras dominadoras, y se posan en el quillay sin corteza que está muriendo lentamente junto a la casona de la vieja Rosario.

Revolotean las tres águilas en amplios círculos, oteando el bajo de trigales y de huertos, y, cuando el sol se pierde tras de los últimos cerros, siguen el cajón del río.

La vieja Rosario, que miraba junto a sus nietecillos las escaramuzas carniceras de los pájaros voraces, les dice con aire de convicción y de profunda sabiduría: Las golosas se fueron porque cayó la tarde, y no les gusta comer sino en campos con sol.

Arreo. Los dos arrieros, el viejo y el mozo, llevan a la Argentina carga que no se sospecha.

La recua de mulas—alazanas, pardas, cenicientas—sigue el cencerro de la yegua madrina, deteniéndose las que van adelante para ramonear los arbustos de la senda.

Tilín, tilín... Y se zangolotean, al son del cencerro de bronce, dos cargas mal ajustadas.

El mozo se adelanta, deja sueltas las riendas de su macho y acomoda, suspendiéndose, tomado de la carga, primero de un lado y en seguida del otro, las jervas que no se ajustan.

Cae el sol a plomo sobre la carretera. El viejo, detenido a la sombra de un boldo, espera al hijo retrasado, y las mulas se desbandan, mordisqueando las hierbas generosas.

—Mala seña, dice al hijo que le alcanza. Siempre que la carga se zangolotea se desbarranca una bestia. Ya nos pasó en el último arreo.

Y siguen. Tilín, tilín... Pensativos, bajo el sol de

mil brasas, esperan que se cumpla el mal augurio del viejo.

Atraviesan la tarde, les llega la noche humedecida, y todavía hay silencio entre los arrieros, que aguardan ver cumplida la mala esperanza.

Tilín, tilín.

El ciego. Astroso, flaco, con la cara llena de pelos que no logran hacer barba, el ciego va todas las tardes a la estación, con su guitarra auestas.

Los viajeros del tren de las cinco descienden para comprar quesos de cabra y botellas de miel, y rodean al ciego, que canta con voz envejecida las canciones de su montaña.

Tuve un amor en los cerros
y el amor no me duró,
que un hombre del llano vino
y engañada la llevó.

Repite, desde toda la vida, el mismo aire quejumbroso ante los viajeros, ni emocionados ni sorprendidos, que le escuchan y siguen su ruta.

Alguien que oyera hace un año la misma queja del cantor montañés, le pregunta si no sabe otra canción de los cerros. Y el ciego se encoge, aprieta la guitarra contra su corazón, y dice al viajero que pasa: sólo sé cantar mi dolor de olvidado.

Entierro. El ataúd de álamo sin pintar va en hombros de cuatro labriegos.

Por entre las tablas mal ajustadas asoman unas tiras de percal rosado, con que la esposa cubriera los pies del herrero.

Caminan junto al río los cuatro labriegos, y les siguen todas las gentes del lugar. Los rapazuelos se adelantan a sus padres y miran desde cerca, casi rozando a los que llevan la carga, el ataúd que cruje interminablemente.

Se hace largo el camino, entre los rezos de las mujeres y el lloriqueo pertinaz de la viuda. Ya llegan al bajo, y hay que subir la cuesta del cementerio parroquial.

Los hermanos del difunto cavaron de amanecida la fosa que ha de recibirlo, y están esperando que llegue el cortejo. Fuman y fuman, en silencio.

Queda en el hueco el ataúd, y cuando le han arrojado siete paladas de tierra, se adelanta la esposa, y echa siete raíces de espino que todavía no dió flor.

Es la superstición de la comarca para que la mujer sin marido no tenga hijos en la viudez.



La noria. Entre los álamos, amarillentos de otoño y de vejez, está la noria sin agua. Su boca trágica, adonde otrora llegaron cantando las mujeres del villorio que murieron de viejas, muestra la negrura de su fondo reseco, y hace pensar en la fosa de un gigante a quien fueran a enterrar de pie.

No hay recuerdo entre los vivos de haber mirado el agua de su entraña. La madre del pastor, con los ojos comidos por las cataratas, cuenta que antes de cegar, cuando empezaba a ser niño, oyó que una noche de luna cantaban los sapos en el fondo de la noria. Era un canto desmayado, con la sordina de los agonizantes, y asegura que esa noche brotaron las últimas gotas de agua.

Para dañar la siembra de los enemigos, hay que arro-

jarles en el campo tres puñados de tierra, sacada una noche sin luna, desde el fondo de la noria muerta.

La adivina. Flaca, angulosa, viven pendientes de sus labios las esperanzas de todo el lugar.

Por unas cuantas monedas dice la buenaventura o la desgracia, con esa voz aguda que hiere aún cuando presagie la cosecha óptima o las abundantes crías del ganado.

No se echan cabras a los cerros sin que indique la faz de la luna que les será propicia, y no se hace la pobre cosecha de cada año antes de que la adivina haya dicho su palabra.

La han visto, pasada la media noche, atravesar el puente de cimbra para consultar los vientos cordilleranos desde las dos orillas, y alguien jura que hace una hoguera de hierbas olorosas cuando un niño nace en la comarca, para que no abandone el lugar cuando sea hombre.

Presajia amores apasionados y una resignada pobreza invariable. Pero no quiso hablar de sus destinos al poeta forastero.

La meica. Erguida y charladora, a pesar de sus setenta años de privaciones y de cerros, la señora Rosa recibe con dulzura a todo el que llega a su rancho.

Ha puesto dos cajones a la sombra de la higuera en fruto verde y aguarda, mientras lía su cigarrillo, que le diga mi mal. Me escucha, clavándome la mirada y moviendo la cabeza acompasadamente, y me da la receta sin vacilaciones: Busque en el cerro

hierba de tres esquinas, y con hojas de maqui y una ramita de boldo nuevo hace la infusión. El dolor se le quitará como con la mano.

Ella tiende en el villorio sus dedos negros y sarmientosos a todos los que nacen. Ella cura el reuma haciendo fricciones con leche de oveja primeriza, y quita los dolores más rebeldes aplicando hojas de maitén mojadas en el rocío.

Acude al llamado de los enfermos que no se levantan, seguida de su perro «Mono» que lleva un canasto en el hocico, y siempre regresa a su rancho con el canasto lleno de verduras o de granos. Es el pago de su visita profesional, pues no recibe dinero.

Y así, en un perfecto socialismo no sospechado, viven la señora Rosa y su hija viuda con las especies que le dan en retribución a su ministerio.



Leñador. Sale con el alba, y toma el sendero del bajo, hasta llegar al bosque. Lleva dos mulas de tiro, y el hacha grande sobre un aparejo.

Al aire el camisón áspero de mezclilla azul, enarbola el hacha, y de un solo golpe voltea el brazo que echa a tierra el alto espino en flor. El eco del hachazo va hiriendo los árboles hasta quedarse perdido entre las lianas, y otro y otro golpe hacen sonora la trabazón verde que no deja mirar el sol.

Ya derrumbó el espino, ha cortado los troncos largos para hacer las cargas, y se sienta sobre dos muñones del árbol.

Insensible a la obra destructora que le da el pan de los suyos, tiene verdadero amor por el hacha que le ayuda. Limpia el filo, que luce como plata, con una punta de su camisón azul, y mira que no se haya dañado.

Con un roto saco triguero tapa los ojos a una mula, hace la carga, y repite la faena con la otra. Es medio día. Ya va caminando, hacia el alto.

Cortó un espino. Mañana será un roble. Y caerán, uno a uno, los dioses de la montaña, para ser lumbre en los hogares del caserío.

El leñador ignora que la selva tiene corazón.